

## Vida Religiosa místico-profética al servicio de la Vida

P. Víctor Codina, sj

### Resumen

*La experiencia místico-profética del Dios de la vida, propia de la Vida Religiosa, se abre al servicio de la vida. En el contexto de América Latina y el Caribe, donde la vida humana no está asegurada y está en peligro, el servicio a la vida debe comenzar por priorizar lo mínimo, que es una vida humana digna. Esto está muy conforme con toda la tradición bíblica que anuncia el triunfo de la vida sobre la muerte y es buena nueva para los pobres. Desde estas premisas se puede anunciar la vida plena que Jesús nos trae. El Espíritu de Jesús es el que nos impulsa a hacer el bien y defender la vida.*

*A experiência místico-profética de Deus na vida, própria da Vida Religiosa, se abre ao serviço da vida. No contexto da América Latina e Caribe, onde a vida humana não está assegurada e corre perigo, o serviço à vida deve começar por priorizar o mínimo, que é uma vida humana digna. Isto está conforme a tradição bíblica que anuncia o triunfo da vida sobre a morte e é boa nova para os pobres. A partir desta premissa de pode anunciar a vida plena que Jesus nos traz. O Espírito de Jesus é o que nos impulsiona a fazer o bem e defender a vida.*

### 1. INTRODUCCIÓN CONTEXTUALIZADA

En el año 2000 la XIV Asamblea General de la CLAR reunida en Caracas percibió claramente que la Vida Religiosa (VR) de América Latina y el Caribe necesitaba algo más que algunos retoques accidentales. Era necesaria una auténtica refundación. Esta expresión que provocó algunas sospechas y dificultades en algunos sectores eclesiales, en el fondo no significa otra cosa que una vuelta a sus raíces evangélicas y carismáticas y una apertura a los signos de los tiempos de hoy. Es lo que también se formula como fidelidad creativa.

Como un instrumento que ayudase a este proceso largo de renovación, nació El camino de Emaús, que en sus diversas etapas ha ayudado a la VR a situarse en la realidad, a escuchar la Palabra y a afrontar los actuales desafíos con nuevos impulsos.

En la XV Asamblea de la CLAR de México de 2003 se profundizó este proceso de renovación, explicitando la dimensión místico-profética de la VR. Y en la XVI Asamblea de Asunción de 2006, se propuso para el próximo trienio 2006-2009 insistir en que la VR místico-profética que está en proceso de refundación, debe estar al servicio de la vida, en sintonía con el lema de la V Conferencia de Aparecida 2007 “para que nuestros pueblos, en Él tengan vida”.

Desde este contexto podemos preguntarnos qué significa una VR místico-profética al servicio de la vida.

## 2. VIDA RELIGIOSA MÍSTICO-PROFÉTICA

Sin querer repetir lo que en estos años ya se ha trabajado sobre el tema de la VR místico-profética, podemos destacar algunos elementos de esta dimensión de la VR que enlazan con al tema de la vida.

La mística implica una fuerte experiencia del Misterio, un sacarse las sandalias para arrodillarse ante la zarza ardiente de un Dios vivo que ilumina, calienta y nunca se agota. Podemos darle nombres diferentes a esta experiencia y a este Misterio último, pero siempre se trata de algo que nos sobrecoge, nos alcanza, nos abraza, nos llena de asombro y adoración. Estamos ante la cercanía misteriosa del Dios vivo. El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, que se apareció a Moisés (Ex 3, 6), es un Dios vivo y de vivos (Mc 12,26-27).

Para los cristianos, este Dios vivo es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, rico en misericordia (Ef 2, 4), que se nos ha revelado en Jesús y que se nos comunica interiormente por la fuerza del Espíritu.

Pero este Dios no es un Dios separado en un allá supraterrrenal cuya misteriosa esencia contemplamos, sino que es un Dios que experimentamos presente en medio del pueblo, que lo acompaña, que tiene para él un proyecto de vida, es el Dios de la historia, aunque sus caminos sean misteriosos.

Por esto la experiencia mística constituye la raíz de la profecía. La profecía no

es más que ponerse al servicio de este Dios que se nos ha manifestado, participar en su proyecto de vida. Tanto los profetas del Antiguo Testamento (Moisés, Elías, Isaías...), como los del Nuevo Testamento (apóstoles, evangelistas, María Magdalena...) y los de la Iglesia (Mónica y Agustín, Benito y Escolástica, Francisco y Clara, Domingo y Catalina, Teresa y Juan de la Cruz, Ignacio y Javier, Vicente de Paul y Luisa de Marillac, Juan XXIII y Monseñor Romero...), han sido personas que a partir de esta vocación mística se han puesto al servicio de la misión, al servicio de la vida. La VR es uno de estos carismas proféticos en la Iglesia que ofrece libre y totalmente toda su existencia al servicio del Dios de la vida. Votos, vida comunitaria, espiritualidad, misión, testimonio, no son más que manifestaciones y signos de una profecía al servicio de la vida.

## 3. ¿DE QUÉ VIDA SE TRATA?

Para comprender el servicio de la VR de América Latina y el Caribe, al servicio de la vida, hemos de preguntarnos de qué vida se trata. Hay quienes creen que la Iglesia sólo se interesa de la vida intrauterina y de la vida eterna.

Seguramente para los habitantes del "Primer mundo", que tienen sus necesidades vitales básicas cubiertas y ampliamente satisfechas, para quienes la subsistencia diaria no es problema, el tema de la vida se formula como la pregunta por el sentido de la vida: ¿qué sentido tienen la vida, la historia, la muerte?, ¿hay algo más después de esta vida?, ¿en qué acaba todo?, ¿por qué la felicidad dura tan poco?, ¿el deseo de felicidad tiene cumplimiento pleno en algún

lugar?, ¿tiene sentido el sufrimiento?, ¿vale la pena seguir viviendo cuando la vida ya no ofrece alicientes?, ¿por qué no admitir el suicidio y la eutanasia?...

Indudablemente para estos sectores, la Iglesia tiene que iluminar el sentido de la vida y de la felicidad, anunciar que sólo en Dios tenemos vida plena, que el ser humano ha sido creado para Dios y sólo en Él halla su descanso. La VR del “Primer mundo” tiene en este sentido una función profética ineludible, aunque no única: la de ser signo de la trascendencia de Dios en un mundo encerrado en la inmanencia, dar razón de nuestra esperanza, anunciar que, desde el evangelio de Jesús, la vida, el sufrimiento y el dolor tienen sentido. Es lo que *Gaudium et Spes* presenta en sus primeros capítulos (GS 9-10), y lo que el *Documento de Participación* para la V Conferencia de Aparecida 2007 expone en su primer capítulo.

Pero para el “Tercer mundo”, concretamente para América Latina y el Caribe, las preguntas sobre la vida son otras, más primordiales, más básicas, porque la vida de cada día no está asegurada. Para la mayoría de nuestros pueblos el problema es poder vivir, sobrevivir, ganar lo suficiente para poder comprar el pan de cada día y llevar el pan a sus hijos. No está asegurada la comida de cada día, la vivienda, el trabajo, la salud, la educación, la dignidad humana. La vida está en peligro y amenazada, se muere antes de tiempo, hay niños de la calle que no saben cómo sobrevivir, hay jóvenes sin trabajo, campesinos que malviven y buscan tierras para cultivar, indígenas y afrodescendientes que ven conculcados sus derechos a

la cultura y al territorio, mujeres que cargan con la pesada carga del trabajo y de la familia, enfermos sin médico, niños sin escuela, ancianos abandonados, miles de latinoamericanos que dejan su países para emigrar al exterior donde muchas veces son marginados y considerados ilegales, etc.

A estas agresiones a la vida del pueblo se unen las cometidas contra la naturaleza, contra el planeta tierra, nuestra única casa común. Al grito de los pobres se une el grito de la tierra, el de la creación que gime en dolores de parto (Rm 8, 22). La tierra ha sido víctima de los intereses mercantilistas de unos pocos que no saben cuidar de ella ni respetarla, como hacen los pueblos indígenas y las culturas originarias. Las consecuencias todos las conocemos, la vida del planeta está en peligro, la sobrevivencia de la humanidad está amenazada.

Y sin embargo este pueblo pobre, este pueblo crucificado, nuevo Siervo de Yavé despreciado y varón de dolores, es un pueblo religioso, creyente, con una fe que, aunque en sus contenidos necesita ciertamente una mayor iluminación y evangelización, posee una actitud profunda de confianza en Dios, de esperanza, sabiendo que Dios no los abandonará, que la Virgen les protegerá, que “Diosito” les acompaña en su vida. Aquí entra en juego la religiosidad popular con su devoción y peregrinación a los santuarios marianos y del Señor, sus velas y flores, sus oraciones, el agua bendita y los demás sacramentales. Es el pueblo pobre que como la hemorroísa toca el fleco del manto de Jesús con mucha fe, esperando de Él la salvación que no encuentra en ninguna parte (Lc 8, 43-48).

Este pueblo es el que cree que “otro mundo es posible”, que se levanta cada mañana para luchar por la vida, se casa, tiene hijos, festeja y baila, no se suicida colectivamente. Es el gigante dormido que comienza a despertar en América Latina y el Caribe y hace escuchar su voz, sin necesidad de que otros sean “la voz de los que no tiene voz”...

#### 4. ILUMINACIÓN BÍBLICA

Para Israel, Dios es el Creador del Génesis, el Dios de la vida, el amigo de la vida (Sab 11,26), que no quiere la muerte (Sab 1, 12-13). Pero Yavé es ante todo el Dios del Éxodo, el que liberó al pueblo de la opresión y de la muerte. Antes de la alianza del Sinaí, Yavé salvó al pueblo de la muerte: “Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de Egipto, de la esclavitud” (Dt 5, 6; Ex 20,2). Esta es también la experiencia del pueblo que fue liberado del exilio y conducido nuevamente a la tierra de promisión. La madre de los Macabeos exhorta a sus siete hijos al martirio desde su fe en que el Dios de la vida, creador del mundo, les devolverá su vida y su aliento (2 Mac 7, 22-23).

Para el Nuevo Testamento, Jesús ha venido para que tengamos vida eterna (Jn 3,16), Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6) y quiere que tengamos vida en abundancia (Jn 10,10); el evangelio de Juan se escribe para que creamos en Jesús como Hijo de Dios y por su nombre tengamos vida (Jn 20,30). La vida en Juan que equivale al Reino de los sinópticos, es algo cuya plenitud es escatológica.

Pero esta experiencia de la vida plena nace de la Pascua de Jesús. Es la experiencia de aquellas mujeres que fueron a ungir el cadáver de Jesús muerto y se

encontraron con unos ángeles que les dijeron que Jesús vivía (Mc 16, 1-8). No es simplemente la experiencia de que Dios existe o de que Jesús es el Hijo de Dios sino de que el Padre ha resucitado a Jesús de entre los muertos por la fuerza del Espíritu. Creer en Dios es creer en la resurrección de Jesús. La fe es esperar contra toda esperanza. Esto será lo que Pablo en Romanos expresará gráficamente al hablar de la fe de Abrahán, nuestro padre en la fe: “es nuestro padre delante de Aquel que da vida a los muertos y llama a los que aún no existen como si ya existieran” (Rm 4, 17).

Pero la vida en Juan, como el Reino de Dios de los sinópticos, no puede quedar reducida al nivel del corazón y al nivel escatológico para después de la muerte. La vida, como el Reino, tiene una dimensión histórica, está relacionada con los que tienen la vida amenazada, los pobres, enfermos, pecadores, mujeres, niños, endemoniados, extranjeros, marginados... Aunque el plan de Dios es constituir el Pueblo de Dios (*laós*), el punto básico de partida es salvar al pueblo pobre (*ójllos*) de la opresión y de la injusticia. La vida que Jesús, buen pastor, nos viene a comunicar, es ante todo liberación del peligro del lobo y de los malos pastores (Jn 10, 10-13). En Juan, antes del discurso del “pan de vida” en Cafarnaum, Jesús da de comer a la multitud (*ójllos*) que tiene hambre (Jn 6,1-27). Este pueblo pobre (*ójllos*) despreciado por los sacerdotes y fariseos, es precisamente el que recibe la atención prioritaria de Jesús (Lc 4, 18-19), ante el que Él se compadece (*splanjnízomai*). Jesús nos trae la salvación (*salus, sotería*) plena, que incluye la vida concreta y material.

Por esto la Pascua de Jesús es el triunfo de la vida sobre la muerte (Ap 1, 18) y los apóstoles que reconocen a Jesús como el autor de la vida (Hch 3, 5), comienzan dando señales de vida y curando enfermos (Hch 3, 6).

La primera mediación del Reino de Vida es, por tanto, una vida humana digna. Antes de preocuparnos por constituir el Pueblo de Dios (*laós*) hemos de salvar al pueblo pobre (*ójllos*) de la muerte y procurar que pueda llevar una vida digna. Antes de hablar de vida sobrenatural, de vida espiritual, de vida cristiana, de vida litúrgica, de vida eterna, hay que asegurar los mínimos de una vida humana digna. Defender la vida no es únicamente oponerse al aborto y a la eutanasia, sino postular una vida humana digna desde el nacimiento hasta la muerte y una muerte no prematura sino al final de largos años de vida.

Evidentemente esto no significa que el evangelio se reduzca a la dimensión histórica, material y terrena, o que Jesús fuera un simple curandero o un terapeuta. Jesús afirma que no se puede vivir de sólo pan (Mt 4, 4; Lc 4, 4), que hay que afanarse por la comida que permanece hasta la vida eterna (Jn 6, 27) y huye cuando le quieren hacer rey (Jn 6,15). Como Pedro afirma, sólo Él tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68). Como dice Ireneo, la gloria de Dios es la vida de la persona humana y la vida de la persona es la visión de Dios (Adv Haer IV,19).

Pero ciertamente, sólo es creíble la promesa de vida eterna y del Reino de vida cuando se dan signos históricos concretos de liberación de la muerte. Ésta es la señal mesiánica de que el Reino de vida ya ha llegado (Lc 7,

20-23). Romero reformulará a Ireneo desde América Latina diciendo que: “la gloria de Dios es que el pobre viva”.

Desde América Latina y el Caribe se puede comprender el mensaje bíblico mejor que desde otros contextos que viven en abundancia. Los pobres nos evangelizan.

## 5. LA IGLESIA AL SERVICIO DE LA VIDA

La Iglesia que tiene la misión de evangelizar, debe comunicar la buena nueva de esta vida plena que nos trae Jesús, a través de su predicación (*kerigma*) y de sus sacramentos (*liturgia*). Pero como ha recordado Benedicto XVI en “Dios es amor” (19-39), todo esto debe desembocar en el servicio al pueblo (*diakonía*). La *diakonía* no es un apéndice del Evangelio, ni una simple pre-evangelización, sino que forma parte intrínseca de la evangelización plena.

Como Jesús, la Iglesia ha de estar al servicio del Reino, más preocupada de que el pueblo pobre (*ójllos*) lleve una vida digna, que de que todos formen parte del Pueblo de Dios (*laós*), de la Iglesia católica. La Iglesia ha de estar más preocupada de la vida del pueblo que de sus intereses intraeclesiales (sus miembros, los que la dejan para ir a las sectas, los que prescinden de ella...).

En cada contexto histórico y eclesial habrá que articular diferentemente el *kerigma*, la liturgia y la *diakonía*. En América Latina y el Caribe, la preocupación por la vida amenazada del pueblo tiene ciertamente prioridad. No se trata de caer en asistencialismo, sino de denunciar las causas de esta situación injusta y pecaminosa, para erradicarlas.

Solamente de esta forma el anuncio de la vida plena que nos trae Jesús, será creíble, será buena noticia para los pobres, se podrá anunciar que Jesús es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6), que con su cruz y resurrección ha vencido el pecado y la muerte, que es el único que tiene palabras de vida eterna, una vida que es participación y auto-comunicación de la misma vida divina.

Desde aquí se deberá ir iluminando la religiosidad popular de los pobres, se podrá devolver la Biblia a los pobres, formar comunidades de base, edificar la Iglesia de los pobres como Juan XXIII deseaba, una Iglesia solidaria, profética, que sea hogar y santuario, fermento para toda la Iglesia. No podemos olvidar que a los pobres y pequeños han sido revelados los misterios, ocultos a los sabios e inteligentes (Lc 10, 21).

Solamente desde esta opción preferencia y evangélica por los pobres, se podrá anunciar el Evangelio a otros sectores de la sociedad latinoamericana y caribeña, que son en gran parte responsables de la actual situación injusta que el pueblo vive, aunque su formación religiosa doctrinal sea más correcta que la de los pobres...

Pero a todo esto hay que añadir que en esta tarea de defender la vida y luchar por una vida más digna del pueblo, la Iglesia no está sola. El mismo pueblo, gigante dormido durante siglos, está despertando en América Latina y el Caribe hoy y se constituye en sujeto histórico y social. Indígenas y afrodescendientes, mujeres, jóvenes, campesinos, mineros, trabajadores manuales, habitantes de los barrios marginales y periféricos (pueblos jóvenes, favelas, villas mise-

ria, poblaciones...); comienzan a alzar su voz y claman por otro mundo posible. Seguramente a la Iglesia le tocará una función no de protagonista sino de acompañante en este proceso que se está generando en América Latina y el Caribe. Ya no tendrá que ser la voz de los sin voz sino escuchar este clamor y acompañar al pueblo en sus reivindicaciones.

Para la Iglesia, detrás de este clamor popular creciente, amenazante, ingente, se esconde el clamor del Espíritu que gime por un mundo más justo y más conforme con los planes de Dios. El Espíritu creador y vivificante, no sólo mueve los corazones de los individuos (en la línea del *Veni Sancte Spritus*), ni sólo edifica y vivifica la Iglesia (LG 4), sino que dirige la historia a través de grupos, movimientos, acontecimientos. Son los signos de los tiempos que la Iglesia ha de ir discerniendo (GS 4; 11; 44).

## 6. LA VIDA RELIGIOSA AL SERVICIO DE LA VIDA

Desde estas premisas es fácil deducir cuál ha de ser la misión de una Vida Religiosa místico-profética en América Latina y el Caribe hoy.

Si toda mística se abre a la profecía, de modo que la experiencia del Dios debe llevar a realizar el proyecto del Dios de la vida, si en la Biblia el Dios de la vida es ante todo el que libera de la muerte, si en América Latina y el Caribe la vida está amenazada, si la Iglesia en América Latina y el Caribe prioriza la opción por los pobres; una VR místico-profética en América Latina y el Caribe ha de estar al servicio de la vida, comenzando por defender la vida amenazada del pueblo. Sólo desde este presump-



to se podrá anunciar la Buena Nueva de Jesús como camino, verdad y vida.

Esta defensa de la vida supone trabajar por erradicar las causas de la injusticia. Supone defender no sólo la vida económica y social del pueblo pobre, sino sus derechos humanos y políticos, su cultura, su tierra, su religión, su dignidad como hombres, mujeres, niños, jóvenes, ancianos, discapacitados, enfermos, etc. A esto se une, como hemos ido insinuando, la defensa de la tierra, del medio ambiente, de la biodiversidad, de la ecología...

El concepto vida tiene una dimensión integral y holística que incluye todo: economía, sociedad, sexo, familia, cultura, religión, tierra, vivientes, etc.

Pero a esta dimensión de defensa de la vida hay que añadir otra actitud, la de acoger los gérmenes de vida que están surgiendo ya del mismo pueblo y que van diseñando formas alternativas de vivir. Las mujeres, los indígenas, los jóvenes, no son sólo pobres y empobrecidos sino generadores auténticos de otras formas de vivir la vida, de otros paradigmas, desde los ojos de la mujer, desde las aspiraciones de los jóvenes, desde las tradiciones culturales y religiosas de los pueblos indígenas... El Espíritu está presente en estos sujetos y movimientos sociales, históricos y eclesiales. No se puede extinguir el Espíritu.

La VR, que ante todo es vida, ha de sintonizar con todo este sarpujido de vida nueva que nace y que quiere liberarse de tantos signos de muerte que la amenazan. Evidentemente esto implicará a

la larga, grandes transformaciones en la forma de concebir y de vivir la VR. Ésta no es algo al margen del pueblo, ni separado del caminar de los pobres, ni mucho menos superior a ellos, sino un proceso de acompañamiento cercano, en discernimiento, acogiendo lo que el Espíritu está germinando como vida nueva, vida que lleva a su plenitud en Cristo.

Los votos han de ser interpretados como expresiones simbólicas y proféticas de vida plena, solidaria (pobreza), acogedora y cálida (castidad), en búsqueda del proyecto del Dios de la vida (obediencia), en una comunidad que apunta a un estilo de convivencia alternativo al estilo de vida mundano y egoísta; la misión es dejarse penetrar por el Espíritu de vida para defender, acoger, sembrar, discernir, acompañar, anunciar la vida verdadera que Jesús nos comunica. Esto significa claramente una postura de denuncia y crítica profética de todos los síntomas de muerte presentes en nuestro mundo.

Esta misión de la VR no es meramente ética, ni doctrinal, ni sociológica, ni moralista, ni ritualista; es esencialmente místico-profética, nutrida de una fuerte experiencia del Dios vivo de Abrahán, de Moisés, de los profetas, de Jesús de Nazaret, de María y los apóstoles, de los discípulos y discípulas, de los santos, santas de la tradición eclesial, de nuestros fundadores y fundadoras, de los mártires latinoamericanos y caribeños. Es seguir a Jesús, que ungido por el Espíritu, pasó por el mundo haciendo el bien y sanando a cuantos estaban dominados por el diablo (Hch 10, 38).

